

de la esencia abominable, de la presencia intemporal y del poder que anula, que siembra el no ser, que condena, poderoso e incierto, sin límite preciso.

La poesía de Lihn puede ser analizada en diferentes niveles de su estructura con posibilidades de grandes hallazgos expresivos; tanto en las formas métricas y sus peculiaridades, como en el estrato del sonido, de la palabra y de la sintaxis que en su bien estructurada obra contribuyen solidariamente al análisis del sentido y de la estructura poemáticos. Su obra merece reconocimiento y estudio y se muestra como una excelente incitación para el conocimiento de nuestra poesía contemporánea, tan desprovista en general de estudios serios y cuidadosos. En otra ocasión y lugar publicaremos algunos estudios sobre este poeta y su obra que contribuyan en alguna medida a superar este vacío lamentable.

CEDOMIL GOIC

JORGE TEILLIER. POEMAS DEL PAIS DE NUNCA JAMAS. Santiago de Chile, Talleres de Arancibia Hnos., 1963. 44 p. (Colección *El viento en la llama*. Segunda serie - 6).

Con la publicación de su último libro, Jorge Teillier ha obligado a la crítica a replantearse ciertos problemas, relativos a la crisis expresiva que se quiso advertir en un momento de su desarrollo poético, a raíz de la aparición de *El árbol de la memoria*, en 1961.

En el Nº 3 de la revista *Alerce*, correspondiente a diciembre de ese año, Enrique Lihn señaló al autor los peligros que afrontaba su obra, caracterizada por las excelencias de "una forma ajustadísima, de fácil y grata aprehensión", pero en cuyas propias virtudes era ya visible la posibilidad de una caída en el virtuosismo y en el abuso de un lenguaje que, en cuanto fuera sólo una repetición, determinada por la habilidad adquirida, vendría a constituirse en una suerte de nueva retórica. La lectura de estos *Poemas del país de Nunca Jamás* demuestra, por una parte, que la observación de Lihn no carecía de fundamento, y, por otra, que aquella sana voz de alerta no fue escuchada por el destinatario.

Los elementos y motivos de este libro son, en esencia, los mismos que configuran toda la poesía anterior de Teillier; el ámbito del mundo aldeano que se evoca y el tono nostálgico de la evocación, también son los mismos; los procedimientos (transferencias afectivas, sistema de comparaciones, etc.), se mantienen casi en su totalidad. Y nada hay que objetarle en este terreno, pues son éstos los rasgos que califican su individualidad creadora. Pero el conflicto de su poesía actual, reside en el debilitamiento de la tensión interior, en su frecuente carencia de profundidad, hasta el punto de que, a veces, el testimonio que nos da sobre la fugacidad del tiempo —tema éste central en toda la obra del autor—, no pasa más allá de una levisísima insinuación, como si hubiera preferido, en un afán de virtuosismo extremo, elegir las formas expresivas más sutiles y,

por lo mismo, más cercanas a la evanescencia. Aunque este esfuerzo, consciente o no, puede ser estimable, pensamos que el término general de la eficacia comunicativa se ha resentido, como sucede en los poemas *Historia de hijos pródigos*, *Regalo*, *Canto* y, sobre todo, en *Resurrección en la tarde*: "Resurrección en la tarde. Dejas de apoyar tu rostro / en el muro de los recuerdos. / Campana de fiesta / repica en la mesa la alegría / de un plato de salmón del Cautín / y vasos de vino nuevo. / Angeles de madera te cuidan / desde el corazón de los cerezos del patio / y el barro de la ciudad / lo quitan de tu cara / las manos generosas de la noche..." (p. 20).

Es que la simple variación no basta en poesía, si no hay una mayor intensidad en la mirada que vuelve a contemplar un sector determinado de la realidad o de la experiencia, para extraer de allí nuevas revelaciones. "La realidad secreta brillaba como un fruto maduro". Para mí, no hay duda de que en sus primeros libros, ese brillo alcanzó a iluminar plenamente nuestro mundo, sentimos el aire del tiempo que pasaba y de alguna misteriosa manera, como en los sueños, nuestro destino nos fue también revelado en una dimensión diferente. De este modo, Teillier ha cumplido con una de las más altas exigencias de la poesía. Pero desde *El árbol de la memoria* —aunque no ocurriera del todo en ese libro, que contiene poemas y fragmentos bellísimos— se anunció la crisis de reiteraciones hábiles, que parece agudizarse en *Poemas del país de Nunca Jamás*. Aquí, el extraordinario dominio de su instrumento verbal, permite a Teillier, incluso, elaborar un poema a partir de un texto ajeno, pero dando a la imagen inicial un desarrollo que no traiciona su propia visión de las cosas. En el poema titulado *En la secreta casa de la noche* toma una imagen creada por Jack Kerouac en un pasaje de su novela *El ángel subterráneo*: "Estoy con ella escondido en la casa secreta de la noche...", dice Kerouac. Y Teillier construye, sin advertencia previa: "Cuando ella y yo nos ocultamos / en la secreta casa de la noche...", e incorpora, luego, algunos de sus habituales recursos de estilo, apartándose ostensiblemente del sentido del texto de Kerouac. El poema en cuestión encierra hallazgos verdaderos, que cuentan entre las mejores realizaciones de Teillier: "Ella pasea por mi cuarto / como la sombra desnuda / de los manzanos en el muro, / y su cuerpo se enciende como un árbol de pascua / para una fiesta de ángeles perdidos" (p. 22).

Obsérvese que esa estrofa expresa una situación y una tonalidad poco frecuentes en la poesía del autor y, por lo tanto, es como una manifestación germinal de otras posibilidades. Lo mismo puede decirse de la línea anunciada por el poema *Cuando todos se vayan* (homenaje a Ray Bradbury), de *El árbol de la memoria*, continuada aquí en *Fin del mundo e Imagen*, sugerentes visiones de la proyección de ciertos hechos cotidianos en la vida del hombre futuro que, aun en plena era espacial sentirá, igual que nosotros, el desaliento y la esperanza, como ese niño que camina por el campo "bajo la luna espía por cohetes / en la que no se verán nunca más / la Virgen, San José y El niño" (*Imagen*, p. 12).

Desde luego, yo no creo que haya en la poesía de Teillier una crisis insoslayable. *Los dominios perdidos* (homenaje a Alain Fournier) y *Señales*, además de los últimos poemas citados, me parecen creaciones genuinas y valiosas, que no desmerecen de los mejores instantes de su obra precedente. Y porque todos reconocemos en Teillier a un poeta dotado de grandes cualidades (la nueva lectura de sus libros me ha reafirmado en mis opiniones, vertidas con entusiasmo en otros trabajos críticos), estimo oportuno poner de manifiesto la impresión de debilidad, de indiscriminada repetición de elementos, que ofrecen algunos de sus textos actuales, como si ahora, por precipitación o por arrogancia, hubiera querido trabajar con residuos de la experiencia de su pasado, tan notablemente expresada en *Para ángeles y gorriones*, *El cielo cae con las hojas* y la mayor parte de *El árbol de la memoria*.

PEDRO LASTRA

LUIS OYARZÚN. ALREDEDOR. (Colección *El Viento en la Llama*, 1963).

El naturalista Tadeus Peregrinus Hanke observaba hace muchos años que en Chile era muy difícil no transformarse en botánico, dada la belleza y abundancia de la flora. Tal observación parece seguir vigente en estos días. Al recorrer *Alrededor*, el último libro de Luis Oyarzún, nos encontramos a cada paso con una maravillada admiración hacia las begonias, glicinas, violetas, Don Diego... y también por los árboles: avellano, litre, naranjo, roble. Y siempre los vocablos esenciales, que definen a un poeta de la naturaleza: sol, pan, agua, fuego. Porque Luis Oyarzún, aunque hombre de la ciudad, parece saber —como asegura Julien Gracq en “Un beau ténébreux”— que al fin serán los árboles los que prevalecerán contra las ciudades. De ahí tal vez que su poesía sea esencialmente eglógica, que trate de los trabajos de la tierra, ese orden constante de estaciones en oposición al caos (aparente, por cierto) de la vida urbana. Pero no es una poesía al estilo de aquella de los poetas bucólicos de mediados del siglo XVIII español que en sus cerrados gabinetes hallaban olor a tomillo sólo en los poemas de Meléndez Valdés, porque en Luis Oyarzún, hombre que ha recorrido los caminos del país, niño de infancia rural, hay una compenetración constante con el paisaje, una captación del ritmo cósmico, notable sobre todo en la segunda parte del libro (para nuestro gusto, la mejor). En ella el poeta se sitúa fuera de sí mismo, se hace parte —con todo su aporte cultural— del paisaje, se transforma en un habitante de ese sur mágico al cual Miguel Serrano ha llamado la sede del espíritu del Nuevo Mundo. Señalemos en especial los poemas “Huso”, “Anchimalguén” y “Ensalmo”, en el cual el “yo” pasa a transformarse en el fraternal “nosotros”:

*Sentados bajo el barco de madera
que cuelga sobre el fuego de la casa,
bendigamos el pan de los abuelos.*